

LOS RANGOS EN EL ARTE

LA RAZÓN. JUEVES 7 DE MARZO 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIANO

Me imagino la confusión que debe producir en la mayoría de la gente la avalancha de noticias, exposiciones y publicaciones de arte en tiempos, como estos, donde todos los géneros artísticos, desde la música y la novela al diseño industrial y el cine, pretenden tener la misma clase de excelencia, y todos los productores de artificios la misma genialidad. La demagogia en materia de arte es tan destructora de la jerarquía en los valores estéticos y los criterios objetivos del gusto, como de la escala de valores éticos y prioridades morales en materia política.

Sin esperanzas de corrección en las degeneradas costumbres que conforman la vida pública cuando no hay democracia, nada me parece más necesario y urgente que un retorno a la expresión de belleza en el arte creador. Una necesidad a la que, salvo en las raras obras verdaderamente geniales que crean sus propias reglas, los artistas y el mercado del arte no responderán si la sociedad no lo reclama. Deseo contribuir a la formación de una corriente de opinión que tome conciencia de esta necesidad de regenerar los valores estéticos, y de introducir en ellos las diferencias que marcan la diversa calidad cultural de los géneros artísticos y el distinto talento creador de sus intérpretes.

A esta finalidad, escribiré una serie de artículos sobre aspectos fundamentales de la creación artística, con ejemplos ilustrativos de la actual desorientación y teniendo en cuenta que aquí sólo puedo presentar esbozos de lo que debería ser tratado de modo sistemático en un libro de estética o filosofía del arte. En consecuencia, en estos pequeños análisis me hago responsable de lo que digo y no de lo que, por falta de espacio en la presentación inteligible de una sola idea, omito. Los comentarios bienintencionados, pero parciales, a mi artículo sobre el clasicismo de la escultura de Dalí me aconsejan hacer esta advertencia.

La misión social de todas las manifestaciones del arte, la producción de belleza placentera o inquietante, es una y la misma. Su justificación estética o propósito moral también. Pero no todos los modos artísticos de manipular la materia nacieron al mismo tiempo, ni se equipararon para siempre en valor estético ante la sociedad. El carácter sintético o analítico de cada época cultural decide el rango y la escala de preferencias de los géneros artísticos dentro de las bellas artes. Pese a lo cual ninguna historia del arte se ha basado en esta norma, de la que sólo escapan las pocas creaciones alcanzadas por la gracia especial de la genialidad.

Cuando una síntesis racional prevalece en la concepción del mundo, el reinado en la expresión estética corresponde a la arquitectura, a la escultura y a la tragedia. En las síntesis emotivas o religiosas, la música y la poesía se llevan la palma. En esos tiempos se cree que la finalidad del arte está en la belleza de lo armonioso o lo sublime. Grecia y el quattrocento son paradigmas de esta visión clásica del arte.

En cambio, el esplendor de la prosa y la pintura estalla en las épocas de transición, que siempre son analíticas y de mayor esperanza en las ciencias que en las religiones o la política. La concreción de la obra artística no se pone entonces en la belleza de lo representado, sino en la expresión del carácter profundo o la forma luminosa de la representación. La gran novela del XIX y el impresionismo pictórico son sus mejores paradigmas.

La deshumanización del arte expresa los trazos infantiles de una sociedad que no quiere salir de una infancia tutelada por el Estado, cuyo paradigma es la pintura de Miró, o la fealdad de los ideales sociales en las civilizaciones técnicas, adecuadamente representados hoy en las piedras colosales y en los artefactos de ingeniería que se colocan en la plaza pública como si fueran esculturas.